

CAPÍTULO II

EL DESARROLLO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR PRIVADA EN ARGENTINA

LA CREACIÓN DE UNIVERSIDADES PRIVADAS

Argentina es, dentro de América Latina, uno de los países que cuenta con una de las tradiciones más fuertes en educación superior pública. La Universidad de Córdoba data del siglo XVII, siendo una de las más antiguas del continente americano, mientras que la de Buenos Aires fue creada a principios del siglo XIX. El hecho de que fuera en este país donde se originó el movimiento de Reforma Universitaria de 1918, movimiento que luego tendría repercusiones continentales, contribuyó grandemente a la consolidación de esta tradición. A diferencia de otros países de la región, como Brasil, que cuenta con una historia universitaria mucho más corta (data sólo de la década del treinta) y al mismo tiempo bastante descentralizada, el sistema de educación superior de Argentina se ha desarrollado de manera relativamente concentrada, teniendo su centro en la Ciudad de Buenos Aires, sede de la Universidad de Buenos Aires, la más grande y, hasta tiempos recientes, junto con las de La Plata y Córdoba, una de las más prestigiosas del país.

Las universidades públicas se han visto muy afectadas por la inestabilidad política que sufrió el país a partir de 1930, y esto ha tenido efectos tan traumáticos que hay una tendencia, entre los historiadores de la cultura en Argentina, a escribir la historia a partir de la cronología impuesta por el desarrollo institucional de las universidades

(sobre todo de la UBA). A partir de 1930 cada interrupción del orden constitucional llevaba consigo cambios radicales y profundos en las universidades, con purgas o auto-purgas masivas de docentes, cambios de orientaciones y, sobre todo, limitaciones a su independencia y autonomía. Este tipo de situaciones se prolongaron en algunas ocasiones en las que el país se encontraba regido por gobiernos constitucionales. Entre 1945 y 1955, por ejemplo, la autonomía de la universidad –percibida esta última por el régimen peronista, y no sin razón, como un espacio de fuerte oposición política– fue también severamente limitada (Sigal, 1991; Halperin Donghi, 1963).

Sin embargo, dadas las características comparativamente más igualitarias y plebeyas de la sociedad argentina respecto de otras de la región, el proceso de masificación que sufrieron las universidades latinoamericanas fundamentalmente durante la década del sesenta se dio en Argentina con una década de anticipación, particularmente durante el régimen peronista⁷. Por un lado, como ya se señaló, durante este período se coartó la autonomía universitaria. Sin embargo, por otro lado, se “abrió la universidad al pueblo” eliminando restricciones para el ingreso a la misma. Durante la década en que Juan Perón gobernó el país por primera vez, el sistema educativo se expandió notablemente en todos sus niveles. Entre 1945 y 1955 la educación básica, que había recibido un impulso notable durante las primeras tres décadas del siglo XX, llegó a su punto de saturación. Pero el número de estudiantes inscriptos en universidades también creció de manera sustancial. En 1942, 17.742 alumnos estaban llevando a cabo su formación de grado en la UBA; diez años después, el número había ascendido a 41.325. Para 1950, Argentina ocupaba el tercer lugar en el mundo, luego de EE.UU. y Filipinas, en términos de cantidad de estudiantes universitarios por cada 100.000 habitantes (Germani y Sautu, 1965: 14). El número total de estudiantes inscriptos en universidades públicas subió de 137.673 en 1958 a 207.437 en 1965 (Secretaría de Estado de Cultura y Educación, s/f.: 68).

Sin embargo, durante la última dictadura militar que asoló al país (1976-1983), la matrícula en las universidades públicas se redujo en favor de la de las privadas. Las políticas restrictivas, el intenso clima represivo existente en las universidades estatales, un fuerte discurso privatizador (“achicar el Estado es agrandar la Nación”, según la propaganda oficial de la época) y la disminución drástica del presupuesto

7 José Joaquín Brunner señala que hacia 1960 sólo había 100 universidades en América Latina y el número de alumnos no alcanzaba los 600.000, manteniéndose la tasa de escolarización por debajo del 3%. Hacia finales de la década del sesenta, la matrícula universitaria había aumentado en un 290% y la tasa de escolarización llegaba al 6%. En los años setenta, la matrícula creció cerca de un 300%, llegando en 1980 a cerca de 5 millones de alumnos, lo que implicaba una tasa de escolarización del 14% aproximadamente (Brunner, 1993: 49).

universitario fueron responsables de esta declinación que sólo se revirtió con la restauración democrática de 1983 y el establecimiento de un sistema virtualmente irrestricto de admisión. En conjunto, a comienzos de los años ochenta había un 25% menos de alumnos matriculados en universidades públicas que a comienzos de la década anterior, mientras que, en esos años, la matrícula en universidades privadas llegó a alcanzar casi el 20% del total (Balán, 1993).

Por lo general, el financiamiento de la educación pública superior ha sido deficiente, sobre todo en las últimas décadas. Como señalan Balán y García de Fanelli (1993), el gasto público universitario disminuyó en términos reales entre 1980 y 1990 en un 21,4%. El gasto por alumno (base 100 en 1960) fue 75 en 1980 y 26 en 1990. Hacia 1994, la situación del financiamiento de las universidades nacionales era descripta como compuesta “por un muy bajo aporte del Estado, un nulo cobro de aranceles [...] y un escaso nivel de obtención de recursos por otras vías”. Este último rubro apenas cubría el 9% de los recursos totales, a pesar de las intenciones privatistas del gobierno de entonces. Es recién a partir de 1994 que, según estimaciones, comenzó a aumentar lentamente la financiación de la universidad pública como porcentaje del PBI, que pasa del 0,55% en 1994 al 0,62% en 1999 (Doberti, 1999: 276). Esta despreocupación por parte del Estado, junto con las transformaciones profundas de valores que trajo aparejada la inclusión de la Argentina en el orden neoliberal durante los años noventa, fomentó nuevamente la expansión de la matrícula en el sector privado, proceso que ya había sido notado con preocupación por Daniel Cano en 1985 (Cano, 1985: 50).

Con una larga tradición de educación pública y laica en todos sus niveles, a diferencia de otros países de la región, hasta finales de la década del cincuenta toda la educación superior en Argentina estuvo monopolizada por el Estado. A pesar de la existencia de instituciones privadas dedicadas a la educación superior, tales como el Colegio Libre de Estudios Superiores creado en 1930 como una especie de universidad paralela y que luego, durante la década peronista, se convertiría en una especie de “universidad en las sombras” (Neiburg, 1998), esta institución y otras, vinculadas algunas de ellas a la Iglesia Católica, no tenían estatus oficial y no estaban habilitadas para otorgar títulos. Luego de la caída de Perón en 1955, el gobierno militar que lo sustituyó, por inspiración de su ministro de Educación, Atilio dell’Oro Maini (hombre fuertemente vinculado a círculos católicos), emitió un decreto sobre educación superior, cuyo artículo 28 dejaba abierta la posibilidad de autorizar la creación de universidades privadas. Este artículo fue muy resistido por los estudiantes universitarios de orientación reformista y dio origen a una ola de movilizaciones que terminó con la caída no sólo del ministro, sino también del primer interventor de la UBA, José Luis Romero. Pero sería sólo en 1958, durante la presidencia de Arturo Frondizi, cuan-

do, en medio de una confrontación de tintes políticos que trascendía, en muchos aspectos, la cuestión misma bajo discusión, se autorizó la creación de las primeras universidades privadas habilitadas para otorgar títulos con validez nacional (Szusterman, 1993; Sigal, 1991; Sarlo, 2001: 65-68; Walter, 1968: 164-182). Es así como en 1961 ya funcionaban en el país cinco universidades privadas reconocidas, tres de las cuales estaban ubicadas en la Ciudad de Buenos Aires y cuatro de las cuales estaban vinculadas a la Iglesia Católica. Había simultáneamente siete universidades privadas más en trámite de reconocimiento, con un total de 2.889 alumnos y 693 docentes (Ministerio de Educación y Justicia, 1961). El crecimiento del sector privado fue muy rápido, y cinco años más tarde ya había en el país once universidades operando, número que se incrementaría en los años siguientes (Ministerio de Educación y Justicia, Dirección Nacional de Reglamentaciones de Altos Estudios, 1966). Si las primeras universidades eran por lo general de carácter confesional o estaban vinculadas de alguna manera con la Iglesia Católica, esto fue cambiando progresivamente, creándose, durante la década del sesenta, una cantidad importante de instituciones privadas laicas.

En 1968 operaban 12 universidades privadas en todo el país, con un total de 16.122 alumnos, alrededor del 5% de la matrícula universitaria total de 237.256 alumnos universitarios (Secretaría del CONADE, 1968). La Universidad Católica Argentina incrementó su matrícula de 646 alumnos en 1960 a 4.408 en 1967, mientras que la del Salvador lo hacía de 996 alumnos en 1960 a 2.855 en 1967. Sin embargo, y a pesar de los progresos ocurridos en años posteriores, la participación de estas universidades en la matrícula total siguió siendo comparativamente pequeña en relación a la de las universidades públicas. Esto se debió en parte a que el primer impulso privatizador coincidió con un período considerado como la “edad de oro” de la universidad pública, período que se clausuró con el golpe de Estado de 1966, y también al hecho de que, a diferencia de lo que ocurrió en países como Chile, las universidades privadas en Argentina no contaron por lo general con ningún tipo de subsidio estatal, debiendo depender exclusivamente de los aranceles cobrados a los alumnos para su sostenimiento económico. De hecho, la ley de 1958 prohibía a las universidades privadas recibir cualquier tipo de contribución por parte del Estado. Por otro lado, en esos años las universidades tampoco fueron capaces de atraer financiamiento de las instituciones filantrópicas nacionales y extranjeras que comenzaban a proliferar. Aun en tiempos más recientes (excepto, como se señaló, en los años del llamado “Proceso de Reorganización Nacional”), la participación del sector privado en la matrícula correspondiente a educación superior ha sido consistentemente menor que en países tales como Brasil (donde en 1988 la misma alcanzaba el 41,4%), Chile o México, país que también cuenta con una importante tradición de universidad

pública (Balán y García de Fanelli, 1993: 42; Schwartzman, 1993). Esta situación parece estar cambiando nuevamente, al aumentar el porcentaje de alumnos que asisten a instituciones privadas en detrimento de los que lo hacen a la universidad pública.

Hasta 1967 las universidades privadas funcionaron dentro del marco legal establecido por la ley de 1958. El golpe de Estado del general Onganía produjo un efecto traumático en las universidades públicas que, una vez más, perdieron su autonomía (junto con un buen número de sus mejores docentes). Esta no era la primera vez que algo así ocurría en el ámbito de la educación superior. Ya se ha señalado que desde 1930 cada una de las interrupciones del orden constitucional (y a veces no sólo en esas oportunidades) había provocado una crisis universitaria acompañada por un éxodo de docentes. El problema es que en 1966 la situación era distinta. Por primera vez se había conformado un grupo importante de docentes-investigadores que se ocupaban de sus tareas con dedicación exclusiva, que habían hecho una fuerte inversión en sus carreras académicas y que, por lo tanto, tenían mucho más que perder con la crisis que sus antecesores. Este factor agregó una dimensión adicional al trauma provocado por la llamada “Noche de los Bastones Largos”, y que aparece reflejado en la memoria colectiva sobre la época (Rotunno y Díaz de Guijarro, 2003). Las ideas del nuevo régimen respecto de las universidades fueron puestas en evidencia en el siguiente mensaje del Secretario de Estado de Cultura y Educación del 21 de abril de 1967: “La Universidad [...] se desviaba a menudo de sus objetivos. Un estado de subversión interna la desgarraba y la detenía en su marcha convirtiéndola muchas veces en foco de estéril agitación. Intereses egoístas de persona o de sector pretendían utilizarla. Un plan marxista de alcance latinoamericano [...] quería convertir a nuestra juventud estudiosa en pieza de juego de una lucha de dominación internacional” (*La Nación*, 1967). Poco después de ocupar el gobierno el general Onganía, se eliminó el sistema tripartito de gobierno establecido durante la Reforma de 1918. Una gran cantidad de profesores renunciaron o fueron dejados cesantes por el gobierno. En cierta medida, las universidades privadas existentes se beneficiaron con esta situación ya que, por un lado, algunas de ellas fueron capaces de atraer a algunos de los profesores excluidos de la universidad pública. Y, por otro lado, frente al caos en que se sumía la universidad oficial, las privadas podían proyectar una imagen de orden y previsibilidad que las tornaba atractivas para ciertos sectores del estudiantado.

En 1967 se promulgó una nueva norma legal que regulaba el funcionamiento de las universidades privadas: la Ley 17.604 del 29 de diciembre, que sustituía a la Ley 14.557 de 1958. La nueva norma legal establecía la obligación de requerir autorización del Poder Ejecutivo para crear y poner en funcionamiento universidades privadas nuevas.

La Ley 14.557 había permitido la puesta en marcha de las universidades antes de comenzar el trámite de reconocimiento. Según la nueva norma, el Poder Ejecutivo fiscalizaba los establecimientos privados, pudiendo llegar a clausurarlos si a su juicio no cumplían con las metas establecidas. Mientras la Ley 14.557 prohibía aportes estatales a las privadas, la nueva ley los autorizaba. Se consideraban autorizadas en forma definitiva las universidades ya registradas hasta entonces y se fijaba plazo hasta el 20 de marzo de 1968 para que aquellas que habían iniciado sus actividades luego de la sanción de la ley obtuvieran la autorización correspondiente (Secretaría del CONADE, 1968).

En 1973 el Poder Ejecutivo suspendió las autorizaciones para el establecimiento de nuevas universidades privadas. Esta suspensión se mantuvo de manera más o menos efectiva hasta el gobierno de Carlos Menem que, a partir de 1989 y como parte de su política de liberalización económica, facilitó la creación de este tipo de universidades. Esta posibilidad permaneció abierta hasta que la Ley de Educación Superior de 1995 estableció criterios bastante severos para la evaluación de las nuevas universidades privadas, llevada a cabo por un nuevo organismo, la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU), cuyos dictámenes son obligatorios y vinculantes para que el Poder Ejecutivo otorgue autorizaciones, limitando de esta manera las posibilidades de creación de nuevas instituciones de este tipo (Fernández Lamarra, 2003: 41). Es entre 1990 y 1995, pues, cuando se creó un número importante de instituciones privadas dedicadas a la enseñanza superior (Villapando, 2000).

Las nuevas universidades privadas respondían, de alguna manera, a las nuevas condiciones económicas y sociales impuestas en el país como resultado de su incorporación al orden neoliberal, pero también al imaginario promovido en ese sentido por los discursos oficiales. A diferencia de las instituciones más antiguas, las nuevas operaban con un número bastante reducido de carreras, por lo general orientadas hacia las ciencias económicas, la administración o las comunicaciones. Sus propuestas enfatizaban la importancia de valores tales como la eficiencia, la inserción en el mundo y la competitividad. Se trataba y se trata aún, por lo general, de universidades pequeñas que cobran altos aranceles y con pretensiones (en algunos casos justificadas) de excelencia académica. Como señalaban Guillermina Tiramonti y sus colaboradoras en un artículo publicado a principios de la década del noventa, cuando el proceso recién comenzaba a desarrollarse, “ser egresado de algunas de estas universidades [...] es una carta de presentación en la que está escrito, además de los saberes profesionales adquiridos, la pertenencia socioeconómica o ideológica” (Tiramonti et al., 1993: 14-15). De lo que se ha tratado, en el fondo, ha sido de una cierta “norteamericanización” de la educación superior, que tuvo su auge en la época de las “relaciones

carnales”⁸. Junto con estas universidades destinadas explícitamente a formar una elite dirigente (ver más adelante), se crearon otras un poco más grandes, más parecidas a las antiguas, aunque también con mayores pretensiones académicas. Esta nueva ola de universidades forzó a las más antiguas a renovarse e incrementar las exigencias académicas, al mismo tiempo que a enfatizar la centralidad de las nuevas disciplinas vinculadas a la Economía en desmedro de las humanidades y las ciencias sociales, que habían constituido, junto con las profesiones más clásicas, el centro de su oferta académica.

En 1985 había 70.953 alumnos en universidades privadas. En 1994 este número había crecido a 124.749 (aumento promedio del 60% con una tasa de crecimiento media anual del 6,5%). Entre las universidades privadas grandes y más antiguas, crecieron entre esos años, a un ritmo superior al promedio, la Universidad J. F. Kennedy, la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) y la Universidad del Salvador; registraron un crecimiento menor al promedio las Universidades de Belgrano y Morón, y sólo la Universidad Católica (UCA) registró en el período un crecimiento negativo. Las universidades pequeñas registraron una mayor tasa de crecimiento que las grandes (10% anual). Las universidades grandes concentraron el 62% de los alumnos, las medianas pasaron del 29 al 26%, y las pequeñas aumentaron su participación del 9 al 12% entre 1985 y 1994 (Ministerio de Educación, s/f-a).

En lo que se refiere a áreas disciplinares, dentro de las universidades privadas las ciencias sociales concentraban en 1994 el 62% de la matrícula, las ciencias médicas pasaron a representar del 3 al 4% de la misma, las ciencias básicas bajaron su representación del 28 al 21%, y las humanidades pasaron del 15 al 12%. La matrícula en las carreras de Administración, Económicas y Administración, así como en Comunicación Social, Turismo y Trabajo Social, aumentó entre el 9 y el 12% por año durante el período 1985-1994. En este último año, Ciencias Económicas, Administración y Organización concentraban el 34% de los ingresantes a universidades privadas, mientras Derecho, Ciencias Políticas y Diplomáticas agrupaban al 19% de los ingresantes.

En 2000, último año para el que hay cifras oficiales, el número de alumnos que cursaban sus estudios en universidades privadas en nuestro país ascendía a 166.482, y en ese año se inscribieron 50.400 ingresantes más (Ministerio de Educación, s/f-a). Ese mismo año sólo la UBA contaba con 278.960 alumnos, de los cuales 59.688 (21,40%) cursaban sus estudios en la Facultad de Ciencias Económicas, y 20.487 (7,40%) en la de Psicología. Mientras tanto la carrera de Psicología ocu-

8 “Relaciones carnales” fue la manera en la que Guido Di Tella, ministro de Relaciones Exteriores del presidente Carlos Menem, describió los vínculos entre Argentina y EE.UU.

paba el quinto lugar en términos de alumnos de la UBA, luego de las que se cursan en las facultades de Ciencias Económicas, Arquitectura, Medicina y Derecho (Ministerio de Educación, s/f-a).

La crisis que se desencadenó hacia finales de 2001 afectó profundamente a las instituciones de enseñanza superior, en general, y a las universidades privadas, en particular. A pesar de que aún no hay cifras oficiales al respecto, en el año 2002 descendió el número de inscriptos en las universidades privadas. Sin embargo, según fuentes periodísticas, la situación cambió drásticamente hacia finales de 2003, cuando la tendencia descendente de la situación económica parecía haber comenzado a revertirse. Para 2004 se esperaba un importante incremento en la matrícula de las universidades privadas –de hasta el 50% en algunas de las que, como la Universidad del Salvador, cobran aranceles más bajos– y otro más moderado en las inscripciones en las universidades públicas más nuevas y pequeñas ubicadas en el conurbano bonaerense (en ambos casos en detrimento de la UBA, que vería el número de sus nuevos inscriptos disminuir en un 6%). En el caso de la Universidad del Salvador, las carreras de Psicología, Periodismo y Publicidad son las que más crecieron, superando este crecimiento en un 50% al del año anterior. De acuerdo con el rector de una de las universidades privadas beneficiadas por el incremento de alumnos, la preferencia por las mismas se debería al mantenimiento de aranceles muy moderados y a que “la oferta gratuita de la universidad pública viene acompañada, en muchos casos, de un deterioro de su imagen por el desorden administrativo” (*La Nación*, 2003: 9). Según el presidente del Consejo de Rectores de Universidades Privadas (CRUP), el sector privado representaría en 2004 el 30% del total de la matrícula universitaria en el país (*Clarín*, 2003: 7).

UNIVERSIDADES QUE COMPONEN LA MUESTRA

Como se mencionó en la introducción, la muestra de universidades incluye a la Universidad de Buenos Aires (carreras de Economía y Psicología), la Universidad de Belgrano (carrera de Psicología), la Universidad del Salvador (carrera de Psicología), la Universidad Argentina de la Empresa (carrera de Economía), la Universidad Católica Argentina (carreras de Economía y Psicología), la Universidad Torcuato Di Tella (carrera de Economía) y la Universidad de San Andrés (carrera de Economía). Entre las universidades privadas, las primeras cuatro se agrupan entre las que caracterizamos como “universidades privadas antiguas”, mientras que las últimas dos lo hacen entre las “universidades privadas nuevas”. Cabe aclarar que la información que se presenta acerca de las universidades (carreras ofrecidas, programas y características) fue recopilada en el momento de realizar las encuestas (año 2003), y por lo tanto puede haber cambiado desde entonces.

UNIVERSIDADES PRIVADAS ANTIGUAS

La Universidad Católica Argentina (UCA) es, de las aquí estudiadas, la que cuenta con una trayectoria más larga en el país. Sus orígenes se remontan a 1910 con la creación de la Universidad Católica de Buenos Aires, y responden a una antigua aspiración de la Iglesia Católica argentina (y mundial) por contar con institutos educativos de enseñanza superior como parte de su labor pedagógica. Este primer intento (limitado a una Facultad de Derecho) fue de corta duración, al no haber obtenido los títulos otorgados un reconocimiento por parte del Estado que se atribuía el monopolio de la enseñanza superior. Herederos de este fallido intento por crear una Universidad Católica fueron los “Cursos de Cultura Católica”, que rápidamente se convirtieron en semilleros de intelectuales nacionalistas católicos. Hacia los años cincuenta, los cursos se convirtieron en el Instituto Argentino de Cultura Católica, que incluía cursos de Economía y Administración de Empresas en los que se formaron algunos de los miembros de la primera generación de economistas profesionales, aun antes de que la carrera existiera como tal en la UBA (Plotkin y Neiburg, 2003). Estos cursos han sido de gran importancia porque de allí, y de sus sucesoras (las carreras de Economía y Administración una vez que la UCA obtuvo reconocimiento oficial para funcionar como una universidad), salió una parte importante del personal que se haría cargo del Ministerio de Economía durante el gobierno de Onganía, incluyendo al ministro Jorge Salimei, el presidente del Banco Central, Felipe Tami, y el presidente del CONADE, Alieto Guadagni. Otro dato interesante es que algunas de estas personas se desempeñaban además, de manera simultánea, como investigadores en el Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Torcuato Di Tella, conformándose, de esta manera, un cruce dentro del campo de la Economía entre círculos católicos, economía internacionalizada a través de centros de investigación, universidad y poder del Estado.

Finalmente, cuando el ministro de la Revolución Libertadora (y ex miembro de los Cursos de Cultura Católica), Atilio Dell’Oro Maini, promovió la promulgación del Decreto Ley 6.403 que permitió por primera vez el funcionamiento de instituciones privadas de educación superior, se creó la actual UCA, cuyo funcionamiento definitivo se organizó de acuerdo con lo establecido por la Ley 14.557 de 1958.

Esta universidad, dadas sus condiciones de origen, se ha fijado objetivos vinculados a la labor pedagógica de la Iglesia Católica: formar buenos profesionales cristianos. Aunque desde el principio ha contado con un cuerpo de profesores que incluye a miembros destacados de sus respectivas profesiones, y con algunos institutos de investigación, el énfasis ha estado puesto más en la concepción cristiana de la educación que en la exigencia académica especializada. Como señala su

presentación institucional: “Desde los orígenes mismos la UCA se planteó el tema de la investigación y la docencia y resolvió, en función de la necesidad de la transmisión de los saberes, comenzar con las tareas docentes” (Universidad Católica Argentina, sitio web). Entre los objetivos de la Universidad figuran: “La investigación y la docencia de la verdad en sus diversas manifestaciones y en su Unidad Sapiencial. La Universidad Católica se propone la investigación de la verdad en los diversos sectores especializados de la cultura y en su unidad integradora de la Sabiduría cristiana, hecha de Filosofía y Teología” (Universidad Católica Argentina, sitio web).

Sin embargo, y pesar de estas declaraciones de principios, la UCA ha debido en los últimos años “aggiornar” su perfil, comenzando a contratar profesores con dedicaciones exclusiva o semi-exclusiva, acortando algunas carreras (la de Economía entre ellas), renovando los planes de estudios y promoviendo algunas tareas de investigación aplicada entre el cuerpo docente. Esto se ha debido a la competencia planteada (sobre todo en el área de Economía) por las universidades privadas de nueva generación en un mercado cada vez más competitivo.

La matrícula de alumnos de la UCA sufrió una merma durante la primera mitad de la década del noventa, pero luego se recuperó pasando de 11.063 alumnos en 1994 a 14.079 en 1998. El número de nuevos inscriptos entre esos dos años se incrementó de 2.972 a 3.860. En las dos carreras que nos interesan también hubo un aumento en el número de alumnos durante ese quinquenio. Los alumnos de “Economía y Administración” (estas disciplinas no están discriminadas en las fuentes estadísticas) pasaron de 3.892 en 1994 a 5.005 en 1998. Aparentemente, el número de alumnos disminuyó en los años más recientes, probablemente como producto de la crisis económica que vivió el país. Datos extraoficiales proporcionados por esta universidad muestran que, en 2003, de 3.147 estudiantes de Ciencias Económicas, sólo 404 cursaban la Licenciatura en Economía (los licenciados en Administración de Empresas eran 1.750 y los contadores públicos, 993). Los estudiantes de Psicología pasaron de 512 en 1994 a 953 en 1998. Según los datos oficiales más recientes con que contamos, la UCA tenía en el año 2000 un total de 14.093 alumnos inscriptos (alrededor del 8,5% del total de la matrícula de las universidades privadas) y 4.651 nuevos inscriptos.

Otra de las universidades autodefinidas como confesionales es la Universidad del Salvador, fundada por la Compañía de Jesús. Su antecedente más próximo fue el Instituto Superior de Filosofía, creado en 1944 en la sede del Colegio del Salvador (que existía desde el siglo XIX). Al igual que la UCA, el Salvador también aprovechó las posibilidades brindadas por el decreto de 1955 para convertirse en Facultades Universitarias del Salvador, hasta que en 1959 pasó a ser la Universidad del Salvador. Desde su fundación, la Universidad dependió de la Compañía

de Jesús, pero en 1975 su conducción fue entregada a personal laico y esta situación se ha mantenido desde entonces.

A pesar de que la Universidad del Salvador comparte su origen e identidad confesional con la UCA –entre sus objetivos figuran “la formación integral-científica, humanística y cristiana de sus estudiantes” y la promoción de “la investigación científica capaz de demostrar la síntesis armónica de la ciencia y la fe”–, al no depender orgánicamente del episcopado, la primera ha tenido una mayor libertad de acción. Por otro lado, sus vínculos con el poder del Estado han sido por lo general mucho más tenues que los desarrollados por la UCA. Frente a la internacionalización de la cultura, la auto-presentación institucional de la Universidad del Salvador enfatiza la importancia de revalorar las tradiciones locales, rechazando “todo modelo cultural exógeno y materialista, que sea ajeno al sentir de nuestro pueblo, o con mentalidad tecnocrática como único patrón”, proponiéndose al mismo tiempo “buscar volver a las fuentes [...] desde la doble vertiente hispánica e indígena y la incorporación luego de la inmigración europea y latinoamericana [que] abona nuestra identidad y existencia como Nación” (Universidad del Salvador, sitio web).

Si el origen de la UCA estuvo de alguna manera vinculado a cursos de Economía, el del Salvador lo estuvo a la Psicología. Su Instituto de Psicología fue creado en 1955, años antes de la creación de la carrera en universidades públicas. En 1959 el Salvador creó la primera Facultad de Psicología autónoma respecto de las de Filosofía y Letras del país. El Salvador, a lo largo de sus décadas de existencia, ha introducido y contribuido a formar profesionales en nuevas disciplinas vinculadas al mundo “psi”, tales como Psicopedagogía, Musicoterapia y otras.

Al igual que las carreras de Psicología creadas en otras universidades privadas durante los años sesenta, la del Salvador tuvo en sus orígenes una clara orientación psicoanalítica. Ya se mencionó que entre sus fundadores figuraban Celes Cárcamo y Jorge Saurí, ambos fuertemente vinculados al mundo psicoanalítico. Así como en la Economía se había generado un importante círculo católico, lo mismo pasaba en el campo de la Psicología y aun del psicoanálisis. Cárcamo fue quien, desde la APA, promovió esta tendencia. De hecho, como reconocerían luego otros miembros fundadores de la APA, se había establecido una suerte de “división del trabajo” en la difusión del psicoanálisis, por medio de la cual, mientras que Arnaldo Rascovsky apelaba a la sensibilidad de las madres de clase media de origen judío, Cárcamo lo hacía con los grupos católicos más tradicionales (Plotkin, 2003: 97; Balán, 1991). En años recientes, al igual que otras carreras ofrecidas por universidades privadas (no así en la UBA), el énfasis en el psicoanálisis ha ido declinando. Hoy en día la presentación de la carrera de Psicología de la Universidad del Salvador enfatiza la pluralidad de teorías

que ofrece a sus alumnos. Esto tiene que ver sin duda con tendencias de orden internacional. Todas las universidades privadas (incluyendo las más antiguas) se han visto forzadas a “internacionalizarse” en parte como respuesta a la globalización pero, especialmente, a la existencia de universidades privadas de nuevo cuño que han sabido insertarse particularmente bien en el nuevo contexto. No es casual, por lo tanto, que entre las materias que se incluyeron en los últimos planes de estudios figuren las neurociencias y las ciencias cognitivas, las tendencias más nuevas de la Psicología en EE.UU., así como tampoco lo es el hecho de que algunas de estas universidades ofrezcan doble titulación con universidades extranjeras.

De manera similar a la UCA, y a las otras universidades privadas antiguas, la presentación institucional de la Universidad del Salvador no enfatiza tanto la calidad académica del cuerpo docente medida en títulos, publicaciones, etc., sino más bien “su compromiso cotidiano [que] sostienen una coherencia en sus convicciones centradas en los valores propios de la dignidad del hombre”. Más que la especialización técnica, lo que se busca, según la publicación, es una educación integral basada en valores cristianos, formando profesionales que consideren al hombre como un ser bio-psico-socio-espiritual.

En lo relativo a la evolución del alumnado, y en contraposición con la UCA que, como se señaló, tuvo un crecimiento negativo en la primera mitad de la década del noventa, la tasa de crecimiento anual promedio de la Universidad del Salvador (9,1%) estuvo, entre 1985 y 1994, por encima de la media del sector de educación superior privada (6,5%). En el año 2000, el Salvador, con 14.519 alumnos, 4.103 nuevos inscriptos y 2.371 egresados en 1999, era la universidad privada que concentraba la mayor cantidad de alumnos de las estudiadas aquí, y la cuarta más grande de las universidades privadas del país, luego de la J. F. Kennedy (21.287 alumnos), la de Morón (16.655 alumnos) y la Universidad Abierta Interamericana (15.838 alumnos).

Entre las universidades privadas laicas, la Universidad Argentina de la Empresa (UADE) es una de las más antiguas, habiendo sido creada en 1962. Desde sus orígenes mismos, la universidad estuvo muy vinculada al mundo empresarial, ya que se trata de una creación de la Cámara Argentina de Sociedades Anónimas, constituyendo un caso pionero en esos años (que luego se haría mucho más común) de vinculación entre el universo de las empresas y el mundo académico. Este vínculo con las empresas es fuertemente enfatizado en las presentaciones institucionales de la universidad. Sus antecedentes se remontan a 1957 con la creación, por parte de la Cámara, del Instituto Superior de Estudios de la Empresa, que comenzó sus cursos en ese año con 338 ejecutivos de distintas firmas inscriptos como alumnos. A fines de ese año, el Instituto se transformaba en Fundación Argentina de Altos Estudios de la

Empresa, en la cual completaron cursos cerca de 500 dirigentes de empresas en el año 1958 (Universidad Argentina de la Empresa, sitio web). Finalmente, en 1962 la Cámara decidió la creación de la UADE, cuyos estatutos fueron aprobados un año más tarde. El propósito expreso de la universidad ha sido cubrir “el vacío producido como consecuencia del serio desencuentro existente entre el desarrollo económico y técnico del país y el sistema educativo imperante”; y por lo tanto su perfil inicial fue eminentemente práctico, ofreciéndose licenciaturas en temas tales como Comercialización, Costos, Finanzas y Organización de Empresas, y otras similares. Sólo en 1968 el rector de la UADE se incorporó al Consejo de Rectores de Universidades Privadas, con lo cual la universidad adquirió un perfil más académico.

Aunque el énfasis en la perspectiva empresarial sigue siendo muy fuerte, al menos en la imagen que la universidad proyecta a través de su material de publicidad institucional, en la última década –al igual que las otras universidades privadas antiguas– la UADE ha tenido que afrontar los desafíos propuestos por la globalización y la competencia de las nuevas universidades privadas. Durante los años noventa se produjo un cambio de autoridades y se intentó darle a la universidad un perfil más académico, contratando investigadores y profesores de tiempo completo “[que] combinan la experiencia del profesional de empresa con la del investigador de primera línea” (Universidad Argentina de la Empresa, sitio web), reformando y acortando sus planes de estudios y promoviendo algunas tareas de investigación aplicada. Incluso el lenguaje institucional ha sido modernizado utilizando en sus publicaciones conceptos derivados de la teoría económica para mostrar la importancia de realizar una inversión en educación superior en la UADE: “La Facultad de Ciencias Económicas de UADE tiene como principal objetivo conseguir que el Proyecto de Inversión que Uds. emprenderán al educarse con nuestros profesores sea excelente. Para alcanzar ese objetivo, actuamos sobre los Beneficios y los Costos del Proyecto ‘Educarse en Económicas de UADE’, aumentando los primeros y bajando los segundos” (Universidad Argentina de la Empresa, sitio web). Sin embargo, al igual que las otras universidades privadas antiguas, la ventaja comparativa de la UADE sigue estando básicamente radicada en sus aranceles relativamente bajos, en una cursada bien organizada y, en su caso particular, en los vínculos con el mundo empresarial, si bien, como veremos luego, sus alumnos no son particularmente optimistas respecto de las oportunidades abiertas en este sentido.

Al igual que la Universidad del Salvador, el alumnado de la UADE también creció en la década que va de 1985 a 1994 a un ritmo superior a la media del sector. En el año 2000, el último para el que poseemos datos oficiales, la UADE tenía 12.647 alumnos inscriptos (lo que representaba un 7,60% del total de los alumnos de universidades privadas) y 2.377 nue-

vos inscriptos (4,72% del total), mientras que 1.770 habían egresado el año anterior (13,10% del total de egresados de universidades privadas).

La Universidad de Belgrano (UB) constituye un caso diferente respecto de las universidades analizadas hasta ahora. Se trata, al igual que en el caso de la UADE, de una universidad laica. Sin embargo, a diferencia de esta última, no responde a ningún grupo corporativo en particular, sino que es administrada por la Fundación Belgrano, cuyo presidente, Avelino Porto, ha sido también el rector desde la creación de la universidad. Compitiendo en el mercado de alumnos con las universidades confesionales, la Universidad de Belgrano resalta en su presentación institucional el carácter laico y ecuménico de la institución, así como su autonomía respecto de grupos políticos, empresariales, religiosos y culturales.

La UB fue creada en 1964 y obtuvo reconocimiento definitivo en 1970. Su estructura inicial estaba compuesta por cuatro facultades: Derecho y Ciencias Sociales, Humanidades (donde la carrera de Psicología ha sido tradicionalmente la que más alumnos ha tenido), Ciencias Económicas y Arquitectura. Posteriormente se han ido agregando nuevas facultades, y hoy su estructura académica se compone de 10 facultades y tres unidades académicas de posgrado.

La UB, que hizo del apoliticismo otra de sus marcas de identidad, se benefició durante los gobiernos militares con la presencia de una importante cantidad de profesores que por motivos fundamentalmente políticos tenían cerradas las puertas de las universidades estatales, e incluso, durante los años setenta, se vio favorecida con una cantidad no despreciable de investigadores del Instituto Torcuato Di Tella cuando este se hallaba sumido en una profunda crisis económica. Sin embargo, la UB no ha querido o no ha podido generar las condiciones que permitieran retener a ese personal. En lo que respecta a la carrera de Psicología en particular, la UB constituyó desde el principio un espacio donde un número importante de psicoanalistas pertenecientes a la APA podían dar clases a nivel universitario. Esto explica la orientación fuertemente psicoanalítica que tenía la carrera en sus comienzos. Hoy en día, frente a los nuevos desafíos, la UB resalta el carácter pluralista de la carrera y el hecho de que expone a los alumnos a “diferentes marcos teóricos”. La palabra psicoanálisis no aparece en su literatura institucional. De la misma manera, se enfatiza que la carrera de Economía intenta formar a un “profesional polivalente” no atado a un marco teórico específico. Al igual que sus colegas, la UB ha debido “globalizarse”, y ofrece una serie de programas de intercambio e incluso doble titulación con universidades europeas en algunas carreras, entre ellas Economía (Universidad de Belgrano, sitio web).

Respecto a la cantidad de alumnos, la matrícula de la Universidad de Belgrano creció en el período 1985-1994, aunque a un ritmo inferior

al de la media (5,1% anual en promedio frente a 6,5% de todo el sector). Este ritmo de crecimiento se debilitó aún más en los años siguientes, llegando a ser negativo en el período 1994-1998. Así, de 10.234 alumnos en el primero de esos años, pasó a tener 8.665 en la última de esas fechas (Ministerio de Educación, 1999). El número de nuevos inscriptos pasó de 1.931 a 1.599 durante ese período. De manera semejante, el número de alumnos que cursaban Economía y Administración (no hay datos desagregados por carrera) pasó de 3.675 a 2.969. El número de alumnos de la Facultad de Humanidades (donde los de Psicología constituyen la mayoría) pasó, sin embargo, de 911 a 970. En los últimos años, se observa un repunte en la cantidad de alumnos. En el año 2000, la Universidad de Belgrano contaba con 9.743 alumnos, lo que constituía el 5,85% del total de alumnos del sector. En ese año se inscribieron además 2.268 alumnos nuevos, un 4,50% del total de nuevos inscriptos en el sector, habiendo egresado 1.213 alumnos en 1999 (8,96% del total de egresados de universidades privadas).

Las universidades privadas analizadas hasta aquí pertenecen a lo que podríamos denominar primera generación de instituciones privadas de enseñanza superior. Se orientaban más a la enseñanza que a la producción de conocimientos, sus aranceles han sido en general moderados y, hasta la restauración democrática, sus mayores atractivos estaban vinculados a sus moderadas demandas académicas, el ingreso prácticamente irrestricto (o mucho menos restrictivo que el de la universidad estatal) y sobre todo la ausencia de conflictos políticos y, por lo tanto, la posibilidad que proporcionaban de obtener un título en un plazo predecible. Durante los momentos más críticos de la universidad oficial (durante las dictaduras militares), algunas de estas universidades privadas se beneficiaron con la presencia de profesores de reconocido prestigio que, en muchos casos, habían sido expulsados de –o habían renunciado a– aquella. Por lo general, sus identidades institucionales han estado basadas en su asociación a valores de tipo generales (religiosos en algunos casos, laicos y pluralistas en otros) y a la promesa de proporcionar una formación “completa”, más que en detalles específicos sobre su calidad académica o especialización. En el caso de las carreras de Economía, frente a lo que se percibe (o se intenta percibir) como un “unilateralismo ideológico” de las universidades más recientes, las antiguas presentan sus programas como más eclécticos y, sobre todo, enfatizan los vínculos con el sector productivo. Más que disputar su posición en el campo con las mismas estrategias simbólicas que las universidades más nuevas, lo que intentan hacer es desplazar el eje de la discusión (Economía con acento social frente a Economía neoliberal, pluralidad de enfoques, etc.), pero, al mismo tiempo, enfatizan la importancia de su lugar frente a la internacionalización de la enseñanza y la investigación, aunque los fondos que en general se destinan a este

tipo de tareas son bastante reducidos. Además, en algunos casos, han renovado completamente su planta edilicia constituyendo verdaderos “campus urbanos”.

En lo que respecta a la Psicología, el énfasis es el mismo, pero aquí estas universidades no tienen competencia que provenga de las nuevas universidades privadas (que en su mayoría no tienen programa de Psicología), sino de la UBA. Por lo tanto, frente a la orientación fuertemente psicoanalítica (y lacaniana), percibida como parroquial, de la carrera de Psicología oficial, las privadas enfatizan la pluralidad de enfoques y los contactos con el mundo globalizado.

UNIVERSIDADES PRIVADAS NUEVAS

En lo que sigue de este capítulo discutiré la trayectoria de dos universidades de la nueva generación: la Universidad Torcuato Di Tella (UTDT) y la de San Andrés. Se trata de universidades pequeñas que, sin embargo, han contribuido a redefinir las características de los campos en los que actúan, en particular el de la Economía. Su influencia no está dada por su cantidad de alumnos, sino por la utilización de una serie de estrategias exitosas para posicionarse dentro del campo de las instituciones privadas de enseñanza superior y de las disciplinas en general.

A diferencia de las universidades más antiguas, orientadas en general hacia las humanidades y las ciencias sociales, las nuevas universidades tienen una orientación clara hacia las ciencias económicas, aunque últimamente han diversificado su oferta académica. El producto que ofrecen consiste en una formación caracterizada como lo más parecida posible a la proporcionada en universidades extranjeras (sobre todo norteamericanas), lo que facilita que sus alumnos realicen luego posgrados en el exterior. Se enfatizan fundamentalmente la calidad académica y la preparación internacional de los profesores, así como la disponibilidad de bibliotecas y, sobre todo, la posibilidad de realizar contactos profesionales internacionales a través de la institución. Ambas universidades cuentan con un cuerpo de profesores-investigadores de tiempo completo que, aunque no constituyen la totalidad –y probablemente ni siquiera la mayoría– del cuerpo docente, componen una importante proporción del mismo. Estos profesores-investigadores reciben salarios muy por encima de la media del sector y, en algunos casos, son reclutados directamente en universidades extranjeras. En ambos casos, y en marcado contraste con las universidades privadas más antiguas, las autoridades académicas de estas instituciones son profesionales de reconocida trayectoria y prestigio académico internacional.

La Universidad de San Andrés fue creada en 1988 por la Asociación Civil Educativa Escocesa que desde el siglo XIX operaba el

St. Andrew's School. Está pensada según el modelo de *liberal arts college* norteamericano. Todos los alumnos deben cursar un ciclo de materias fundamentales de formación general sin importar el área de estudios elegida. Se enfatiza el carácter amplio de la educación (en el caso de la carrera de Economía se incluyen materias obligatorias de Derecho, Filosofía y Literatura), pero al mismo tiempo el carácter sumamente especializado de sus estudios y, sobre todo, la alta calidad de sus docentes e instalaciones. Según su publicación institucional, el objetivo de la universidad consiste en crear “una comunidad académica pluralista que cultive el pensamiento independiente, que contribuya –con criterios estrictos de calidad– al *esfuerzo internacional* de creación y transmisión de conocimientos y que brinde a sus cursantes la posibilidad de obtener una educación encaminada a comprender el mundo en que se vive, a adquirir un compromiso ético con este, a prepararse para el ámbito moderno de trabajo y a formarse *para asumir responsabilidades directivas al servicio de la sociedad*” (Universidad de San Andrés, sitio web, énfasis propio). La internacionalización y la preparación para asumir liderazgo son dos temas tópicos en las publicaciones institucionales tanto de la Universidad de San Andrés como de la Di Tella. Muchos graduados de San Andrés, según se nos informa en la página web institucional, siguen carreras académicas en prestigiosas instituciones del extranjero o se desempeñan en cargos directivos dentro de estructuras empresariales u ONGs.

Otro aspecto novedoso de estas instituciones es la presencia (también enfatizada en la literatura institucional) de *donantes* o filántropos que proporcionan fondos para fines específicos. Este aspecto, más allá de la importancia material obvia, tiene también una importante dimensión simbólica: el apoyo de las organizaciones filantrópicas constituye una importante fuente de ingresos para las universidades del mundo anglosajón. Al publicitar las donaciones de este tipo (y al denominar edificios y cátedras con el nombre de los donantes), se intenta enfatizar la similitud entre estas instituciones y las universidades norteamericanas. El lugar particular asignado al cuerpo docente es otra de las características que identifican a estas universidades. En las publicaciones institucionales de las universidades más antiguas no hay referencia a los docentes más allá de resaltar su compromiso con los valores de la universidad y su calidad en términos generales. Para las nuevas universidades, el cuerpo docente es uno de los activos simbólicos (y reales, en muchos casos) más importantes con que se cuenta. Ambas universidades presentan la lista de sus profesores con sus respectivos currículum vitae y fotografías. El aspecto más importante que se resalta del cuerpo docente es la posesión de títulos académicos (doctorados en casi todos los casos), en especial si estos han sido obtenidos en el extranjero (los títulos se presentan en el idioma original; así tenemos “Ph.Ds.”, “Docteurs”, etc.), y sus publicaciones y

contactos internacionales. Si en las universidades antiguas la enseñanza del idioma inglés formaba parte de su oferta académica, en las nuevas se da por sentado que los alumnos deben dominar dicho idioma, ya que buena parte de la bibliografía asignada está en inglés. En el caso de la Universidad Torcuato Di Tella, incluso se llevan a cabo conferencias y charlas en ese idioma, algunas veces a cargo de profesores argentinos de la universidad. En ambos casos, las publicaciones institucionales (en especial la página web) están disponibles en castellano e inglés. A este respecto es interesante destacar que en la versión en inglés de la presentación institucional de la Universidad de San Andrés se agregó una línea que menciona que los programas académicos ofrecidos por la universidad son “both innovative and firmly rooted in Western academic tradition” (“a la vez innovadores y firmemente enraizados en la tradición académica occidental”). La referencia a la tradición académica occidental no figura en la versión en castellano.

La Universidad Torcuato Di Tella profundiza algunos rasgos presentes en la de San Andrés. Más reciente, fue creada en 1991 “con el apoyo de la comunidad filantrópica”, según se nos informa al comienzo mismo de su publicación institucional (Universidad Torcuato Di Tella, sitio web). Sus ambiciosos objetivos consisten en “educar a nuevas generaciones de líderes sociales, políticos, académicos y de negocios con el propósito de influir positivamente en la calidad de las políticas públicas y fortalecer las instituciones democráticas de la Argentina” (Universidad Torcuato Di Tella, sitio web).

La universidad tiene una historia cuyos antecedentes se remontan al Instituto Torcuato Di Tella (ITDT), creado en 1958 por los descendientes de Torcuato Di Tella, un industrial de origen italiano que llegó a comandar una de las redes industriales más importantes del país (y de América Latina). La historia del Instituto ya ha sido contada en otros textos y no la repetiré aquí (King, 1985; Plotkin y Neiburg, 2003; Neiburg y Plotkin, 2004a; Sigal, 1991). Lo que sí interesa rescatar es el papel que cumplió esta institución en la modernización e internacionalización de las ciencias sociales y económicas en Argentina. También es importante destacar que, entre las estrategias puestas en práctica por el Instituto⁹ para reconfigurar el campo de las ciencias sociales, estuvo la generación de todo un sistema simbólico de prestigio y legitimación. El ITDT se percibía a sí mismo como –y proyectaba la imagen de ser– un motor de modernidad. Dentro de este sistema, la ostentación de

9 En este contexto, cuando me refiero a “estrategia” no me refiero –o no solamente– a un conjunto de acciones conscientes destinadas a obtener un fin, sino que utilizo este término en el sentido que le da Pierre Bourdieu, como un conjunto de disposiciones no necesariamente conscientes hacia la acción vinculadas a la situación social de los agentes y a su ubicación dentro del campo.

doctorados extranjeros (sobre todo en universidades norteamericanas) ocupó un lugar central, adquiriendo un carácter casi emblemático. Por otro lado, el Centro de Investigaciones Económicas del ITDT se constituyó también en un espacio de reclutamiento y conformación de elites estatales (ministros, subsecretarios y otros altos funcionarios) (Plotkin y Neiburg, 2003).

La UTDT es, en este sentido, una heredera del Instituto, aunque la mayor parte del personal que había pertenecido al mismo (por lo general identificado con ideas de corte desarrollista) ha quedado ubicado en posiciones bastante marginales dentro de la nueva universidad, cuyos cargos directivos han sido otorgados a una nueva generación de jóvenes académicos formados en EE.UU., fundamentalmente en la Universidad de Chicago. Lo que la universidad ha heredado del Instituto ha sido, por lo tanto, más que personal, o incluso más que una tendencia ideológica o un sistema de creencias, una posición dentro del campo de las ciencias sociales, y en particular dentro de la Economía, que el Instituto había contribuido grandemente a definir.

Desde el principio mismo de su presentación institucional, la UTDT deja en claro, luego de expresar los objetivos mencionados más arriba, que forma parte de una densísima red de instituciones académicas internacionales y prestigiosas. Se mencionan vínculos con 49 universidades de 19 países. De hecho, en conversaciones informales con profesores y personal directivo de la institución se infiere que lo que se intenta es legitimar el lugar de la universidad en la creencia de que la UTDT *es* lo más parecido a una universidad norteamericana en suelo argentino, y que la continuación natural de los estudios realizados en ella consiste en la realización de programas de posgrado en universidades de EE.UU.¹⁰. Por otro lado, en la literatura institucional abundan traducciones literales a veces no demasiado afortunadas de fórmulas que tienen más sentido en un *college* estadounidense que en una universidad argentina. Por ejemplo, en la página web de la UTDT nos enteramos de que la misma “tiene como finalidad integral y distintiva brindar un saber superior en las artes y las ciencias”. Obviamente, la referencia remite al concepto de “arts and sciences” cuya traducción literal carece de sentido, puesto que dentro de la UTDT los cursos sobre artes ocupan un lugar que, aunque creciente en importancia, dista mucho de ser central.

Al igual que la Universidad de San Andrés, la UTDT ubica a su claustro de profesores (y en este caso también a su biblioteca, descripta como la “mejor biblioteca de ciencias sociales del país”) en un lugar

10 Un alto funcionario de la universidad mencionó su decepción frente al hecho de que hubiera alumnos inscriptos en los programas de doctorado que ofrece la misma universidad. Señaló que, por definición, estos alumnos no podían ser buenos, ya que, en caso de ser buenos, realizarían sus estudios de posgrado en EE.UU.

central de su acervo material y simbólico. En la página web de la institución hay vínculos que permiten acceder a los currículum vitae y a las fotos de los profesores de planta permanente, y de aquellos invitados considerados lo suficientemente prestigiosos (por lo general se trata de académicos que pasan al menos una parte del año en instituciones extranjeras) como para figurar allí.

La UTDT pretende, más que ninguna otra universidad privada, y de manera explícita, que su nombre se convierta en una especie de “marca registrada de calidad”. Esto es explicitado en su literatura institucional: “Cuando se alude a la Escuela de Chicago, al enfoque oxonien- se o harvardiano se está reconociendo un comportamiento original, un modo característico de entender la realidad económica, social o cultural. El término ditelliano acuñado por esta universidad es un homenaje a la tradición pionera de investigación y docencia en las ciencias económicas y sociales, iniciada por el Instituto Di Tella” (Universidad Torcuato Di Tella, sitio web).

La UTDT ha crecido a ritmo sostenido en su década de existencia, casi duplicando su número de alumnos entre 1995 y 1998, período en que pasó de 420 a 835, entre los cuales los de Economía y Economía Empresarial (los datos no se discriminan en las fuentes) sumaban para esos años 366 y 591 estudiantes, respectivamente. Paralelamente, el número de nuevos ingresantes se incrementaba de 178 a 283. A pesar de la crisis reciente que sufrió la Argentina, en 2002 la universidad tenía 1.111 alumnos de grado y 600 de posgrado. Cabe destacar que tanto la UTDT como la Universidad de San Andrés han puesto mucho énfasis en los posgrados, los cuales, no obstante y como ya se señalara, quedan fuera de la presente investigación.

Di Tella y San Andrés (y también la UCEMA, que no fue incluida en el presente trabajo) concentran sus esfuerzos no tanto en un gran crecimiento de la matrícula, sino en ofrecer un producto distintivo y muy diferenciado destinado a un público de elite y caracterizado por la calidad académica, la posibilidad de realizar contactos internacionales y la generación de un cierto sentido de pertenencia. Por lo tanto, estas universidades no compiten ni con las privadas antiguas ni con la UBA, sino entre ellas mismas. Sus aranceles son varias veces más altos que los de las universidades privadas más antiguas, lo que de por sí limita su accesibilidad, aunque las tres universidades promocionan programas limitados de becas.